



ROMANCE TRAGICO

DE D. JUAN DE GRACIA

Y DOÑA SANCHA SU ESPOSA.

Refiérese el maravilloso milagro que obró nuestra Señora del Rosario, con dos devotos suyos, que por no querer renegar en Argel, los castigaron cruelmente; premiando la Santísima Virgen su constante devoción, restituyéndoles sanos y salvos á su tierra: con lo demas que verá el lector.

Oigáme todo curioso,
 mientras mi lengua declara
 el caso mas peregrino
 y el suceso de mas fama.
 En la gran ciudad de Roma,
 por todo el mundo nombrada,
 vivia Don Pedro el Rico,
 con su esposa muy amada:

dióles el cielo dos hijos,
 y los puso á que estudiáran
 las sacras divinas letras
 de la Escritura sagrada.
 Estudiaron ocho años
 Don Alonso y Juan de Gracia;
 y no sé por qué motivo,
 cierto dia de mañana,

dijo Don Alonso, hermano,
vámonos á sentar plaza,
y verémos por el mundo
todas las cosas que pasan.
Entrambos se convinieron,
tomaron capas y espadas,
se embarcan para Sicilia;
y sus padres con mil ansias
para buscar á sus hijos
hacen diligencias varias,
como sin causa se fueron,
y la madre lastimada,
decia: queridos hijos,
con quién seré consolada?
A este tiempo los hermanos
habian sentado plaza
con el capitan Fadrique,
que los estima y ampara.
Dijo un dia á Don Alonso
Don Juan aquestas palabras:
yo me embarco para Indias,
adios, hermano del alma,
porque voy determinado
con el amparo y la gracia
de la Virgen del Rosario,
soy su devoto y me ampara.
En este despedimiento
el uno al otro se abrazan,
por un gran rato llorando,
sin poder hablar palabra.
Por fin Don Juan el primero
prorumpió en estas palabras:
hermano, si vas á Roma,
dile al padre lo que pasa,
y que me encomiende á Dios,
Redentor de nuestras almas.
Segunda vez se abrazaron,
y se embarcó Juan de Gracia
en las inconstantes ondas,
y con ventura las aguas
lo llevaron á aportar
á la gran ciudad de Arabia.
Aprendió para escultor:
labrando el oro y la plata,
tanto, que ya á los maestros
sobrepuja y aventaja.
Habia en esta ciudad
una dama, que era gracia

de las mugeres y espejo,
pues en ella se miraban;
la vió que estaba al balcon,
y le dijo: prenda amada,
bello sol resplandeciente,
lucero de la mañana,
si quisieras, ángel bello,
asi Dios te dé su gracia,
el ser mi querida esposa,
serias muy estimada.
Y la dama le responde
muy cortés y avergonzada:
el ser tu esposa querida,
lo acepto de buena gana;
me pedirás á mis padres,
dame la mano, y alarga
cinco dedos, que á la nieve
su blancura le quitaba.
Se despidieron alegres,
y á otro dia de mañana
Juan de Gracia el Rico fué
á los padres de esta dama,
y la pidió por esposa,
lo cual de grado otorgaban.
se celebraron las bodas,
y fue su fortuna tanta,
que en tres años de maestro
solamente en oro y plata
juntó ciento y diez arrobas;
tanto que ya le llamaban
el poderoso en las Indias,
y á su esposa afortunada.
Entre los dos concertaron,
por ser su riqueza tanta,
hacer una bella Imágen
de la Ave llena de gracia,
Virgen santa del Rosario,
à la cual se encomendaban,
rindiéndole cada dia
devotos mil alabanzas.
Fabricaron pues la Imágen
de seis arrobas de plata,
con una corona de oro
sobre su cabeza sacra:
y su cuello la rodean
trescientas perlas con gracia,
en la una mano el rosario,
refugio de nuestras almas,

y el Niño Jesus en brazos,
adornado de esmeraldas.
Dos Angeles à los lados,
à esta Señora acompañan,
que le estaban alumbrando
con dos lámparas de plata:
tiene la inconstante luna
à sus virginales plantas,
aderezada y compuesta,
y mas hermosa que el alva,
muy contentos sus devotos
con su escultura sagrada.
En este tiempo murieron
los padres de Doña Sancha,
cuando sin padres se vió,
dijo á su esposo con blandas
razones: querido dueño,
bien sabes que deseaba
el ir à ver à tus padres,
que los estimo en el alma;
y pues tenemos riquezas,
quisiera que me lleváras.
Su dulce amante responde,
y dice: paloma blanca,
me place, por darte gusto,
que hagamos esa jornada,
apercíbete al instante.
y aceleremos la marcha.
Recogieron el dinero,
todas las prendas y plata,
y aquella Imágen hermosa
la metieron en un arca,
y se embarcan à otro dia
en una nave marchanta,
que para India partia;
mas fue tanta su desgracia,
que en el golfo de Lepanto
unos corsarios piratas
les aprisionan, y llevan
à Argel, y los presentaban
à Baylí, que era su Rey,
y fue la alegría tanta
que tuvo en su corazon
al escuchar la embajada,
que mandó à su camarero
que aquella Imágen, guardada
la echasen en su tesoro
con toda la demas plata,

y que luego los cautivos
à su presencia los traigan.
Cuando los tuvo delante,
le dice, bella cristiana,
como olvides á tu Dios,
y sigas con eficacia
las leyes del Alcorán,
segun mi profeta manda,
y tambien como tu esposo
olvide de buena gana
à la que dicen que es
el Ave llena de gracia,
estareis de mi persona
él querido y tú estimada.
Primero en pedazos hechos
(responden en voces altas)
que dejemos nuestra ley
buena, por la tuya mala.
Al instante el agareno
mandó que los castigáran:
los sacaron por las calles,
y dos verdugos les daban
cruelísimos azotes
en sus carnes delicadas;
y un pregonero delante
iba publicando: manda
nuestro Rey y gran Señor,
que esta justicia se haga
en estos, porque no olvidan
à la que parió sin mancha.
Los cristianos respondian
con voces muy delicadas:
viva la Vírgen María,
que es concebida sin mancha
de pecado original,
amparo de nuestras almas:
viva la gran fe de Cristo,
y muera esta gran canalla.
Mas este perverso Rey
dispuso que los lleváran
à un oscuro calabozo,
y de hierro los cargáran.
Los llevan à una mazmorra,
hasta la rodilla de agua,
cerrando todas las puertas,
en gran trabajo quedaban
en aquella oscuridad
Juan de Gracia y Doña Sancha;

puestos los ojos al cielo,
à la pura Virgen llaman,
pidiéndole que les diese
consuelo en afliccion tanta.
Quedaron como dormidos,
y allà quando recordaban,
se hallaron en medio el mar
(cosa prodigiosa y rara!)
en la misma embarcacion
por disposicion sagrada
del soberano Jesus,
y su Madre soberana,
que fueron los marineros
en esta feliz jornada.
Se abrazaron y subieron
à la popa, en donde hallan
à su imàgen de escultura
del Rosario, Aurora sacra;
hallaron todo el tesoro,
sin haber persona humana,
y pan tambien encontraron,
con el que se alimentàran.
Se postraron de rodillas,
rindiéndole à Dios las gracias,
y à la soberana Virgen
mil alabanzas le cantan.
Navegó la embarcacion
por entre espumas saladas,
todo el velàmen tendido,
compuestas todas las jarcias,
sin ver à los marineros,
ni à los pilotos que andaban
componiendo el artificio,
porque criatura humana
de Dios los altos secretos
à saber no los alcanza.
Pascua de Resurreccion,
à las diez de la mañana,
llegaron al puerto de Ostia,
que cerca de Roma se halla;
hicieron con un cañon
seña para que llegàran
à sacarlos del navío,
quando todas las campanas
de conventos y parroquias
alegres se repicaban:
apellidando el milagro,

toda la gente romana,
dan cuenta à su Santidad
y admirado se quedaba,
viendo la hermosa escultura
tan prodigiosa y bizarra.
Mandó llevarla à la iglesia
de San Pedro, donde se halla
para admiracion de todos,
y porque vuela la fama.
Les quitaron las prisiones,
que puestas aun las llevaban,
y las llevan à la iglesia,
donde las dejan colgadas.
Van à casa de sus padres,
y fue la alegría tanta,
que no hay pluma que lo escriba,
ni término à ponderarla.
En aqueste mismo tiempo,
à las diez de la mañana,
el otro hermano llegó
con grande opinion y fama,
con plaza de Coronel,
y de oír el caso se pasma.
Muchas limosnas hicieron,
y muchas huérfanas casan
los padres y los hermanos;
y con muy rendidas ansias
sirvieron à Dios de veras,
y à la Virgen soberana
del Rosario cada dia
dándole mil alabanzas.
Dios te salve, Madre nuestra,
Protectora y Reina sacra,
eres la vida y dulzura
y toda nuestra esperanza.
Dios te salve, à tí llamamos,
siendo cierto que el que os llama,
ha de ser favorecido,
como esta historia declara;
que por ser vuestros devotos,
despues de tragedias tantas,
con vuestro favor, Señora,
los pusisteis en su casa.
Todos seamos devotos
de esta Reina inmaculada,
y de su precioso Hijo
Redentor de nuestras almas.